

Reseñas

JENKINS, Henry: *Convergence Culture. La cultura de la convergencia de los medios de comunicación*. Paidós, Barcelona 2008, 301 pp. ISBN: 978-84-493-2153-5

En términos generales, el discurso sobre la convergencia designa una situación en la que coexisten múltiples sistemas mediáticos cuyos contenidos discurren con fluidez a través de ellos. La vieja idea de la convergencia, aún mantenida por muchos, era que todos los aparatos convergerían en un único aparato central capaz de almacenar los diferentes usos y prestaciones de los mismos. El ordenador personal (más concretamente Internet) y la nueva generación de teléfonos móviles serían en la actualidad los dos ejemplos paradigmáticos de este único aparato central convertido en una especie de mando a distancia universal. Sin embargo, esta idea de la convergencia reduce el cambio mediático a cambio tecnológico, cayendo en un determinismo que corre el riesgo de ensombrecer las diversas implicaciones sociales y culturales del fenómeno. Es lo que Jenkins denomina en este libro la “Falacia de la Caja Negra”, esto es, el argumento según el cual todo el contenido de los medios fluiría antes o después a través de una sola caja negra. Partiendo de esta falacia, Jenkins aboga por una interpretación de la convergencia que no tenga en cuenta solamente el aspecto tecnológico, material, sino toda la red compleja de interacciones entre los sistemas técnico, industrial, cultural y social. Al distanciarse del determinismo tecnológico, Jenkins otorga una gran importancia al proceso de recepción de las audiencias mediáticas, llegando a afirmar que en realidad la convergencia no tiene lugar mediante aparatos mediáticos, por muy sofisticados que éstos puedan llegar a ser, sino que se produce en el cerebro de los propios individuos, así como mediante sus interacciones sociales con otros. Al destacar este componente simbólico, humano, de la convergencia, Jenkins subraya que ésta es tanto un proceso corporativo de arriba abajo como un proceso de abajo arriba dirigido por los consumidores (o, para recuperar una vieja y conocida expresión de Alvin Toffler que adquiere toda su significación en el universo de la web 2.0, por los “prosumidores”). De esta forma, la convergencia corporativa, mediática, coexiste con la convergencia popular, humana, dentro de un sistema *híbrido* cuyos elementos se influyen y retroalimentan mutuamente.

Junto con el de convergencia, Jenkins se sirve en el presente libro de otros dos conceptos que guían la mayoría de sus observaciones sobre el actual cambio mediático. Tales conceptos son el de “cultura participativa” y el de “inteligencia colectiva”. El primero, pretende destacar el carácter más activo (participativo) del espectador mediático actual en relación a su supuesta pasividad con respecto a los viejos medios. Digo supuesta porque Jenkins parece olvidar que el sujeto receptor nunca puede ser un ente pasivo, pues siempre hay trabajo mental, semiótico, interpretativo. El que las nuevas tecnologías permitan una mayor interactividad o participación, como no se deja de repetir diariamente, debería llevar a cuestionarnos qué entendemos exactamente por tales términos ya que, como han puesto de manifiesto en repetidas ocasiones los estudios semióticos y de teoría de la recepción, no es posible la existencia del texto sin un mínimo de interacción, participación y cooperación por nuestra parte, es decir, sin un compromiso activo del sujeto para con el texto.

En cuanto al segundo concepto, el de “inteligencia colectiva”, se trata de un término que Jenkins toma prestado de Pierre Lévy y que hace referencia a la capacidad de las comunidades virtuales de estimular el conocimiento y la inteligencia de sus miembros mediante la colaboración y la deliberación a gran escala. Si bien resulta un tanto utópica, la idea de la “inteligencia colectiva” puede verse como una fuente alternativa de poder. Como señala Jenkins, actualmente estamos aprendiendo a usar ese poder mediante nuestras interacciones cotidianas en el seno de la cultura de la convergencia, principalmente a través de nuestra vida recreativa. Ahí están los casos bien documentados por el autor de cómo las comunidades de fans de programas como *Survivor* o *American Idol*, formadas en torno a unos intereses intelectuales y emocionales comunes, consiguieron desvelar mediante un arduo trabajo colectivo de búsqueda, recopilación y evaluación de la información los muchos secretos contenidos en ambas series televisivas antes de que se revelaran en antena. Para Jenkins, este trabajo en común, que denomina “destripe” (*spoiling*), es la inteligencia colectiva puesta en práctica, y la importancia que ve en este fenómeno le lleva a preguntarse, y nosotros con él, sobre las clases de información que podrían recopilar estos fans si su propósito fuese destripar ciertos gobiernos en lugar de cadenas.

Es, por lo tanto, sobre estos tres conceptos clave (“convergencia”, “cultura participativa” e “inteligencia colectiva”) sobre los que Jenkins articula el conjunto de investigaciones presentadas en este libro (como las ya señaladas de *Survivor* y *American Idol*, o las relativas a las formas en que los públicos reinterpretan y reelaboran los contenidos de franquicias como *Matrix*, *La guerra de las galaxias* o *Harry Potter*) en aras de confirmar la tesis fundamental de que la cultura de la convergencia representa un cambio en los modos de pensar sobre nuestras relaciones con los medios, un cambio que efectuamos cada día en nuestras relaciones con la cultura popular. No es una tarea fácil, como el propio Jenkins reconoce (“Estamos ingresando en la cultura de la convergencia. No es de sorprender que no estemos preparados para afrontar sus complejidades y contradicciones. Necesitamos hallar modos de negociar los cambios que están acaeciendo”), pero entender la cultura de la convergencia como un nuevo paradigma para comprender la naturaleza de los cambios mediáticos en la era digital es un buen punto de partida para acercarnos al verdadero alcance, realidad y complejidad del fenómeno.

Israel V. MÁRQUEZ

DÍEZ, Luis: *El Exilio Periodístico Español en México. Del 1939 al fin de la esperanza*. Cádiz, Quórum editores, 2010, 277 pp.

Este libro nace a partir de la tesis doctoral de Luis Díez Álvarez, Doctor en Ciencias de la Información en el pasado 2009, profesor de Periodismo Especializado en la Universidad Camilo José Cela, escritor de gran fecundidad, periodista y cronista parlamentario de venerable experiencia profesional, persona de inteligencia viva y excelente investigador. El versátil autor tiene la capacidad de transformar el lenguaje académico y trufado de referencias y citas de los trabajos doctorales, en un ensayo instructivo y novelístico, que retrata con enorme acierto las peripecias de los periodistas españoles que tras la Guerra Civil, se exiliaron en México y vivieron en aquel país el resto de sus vidas, pudiendo desarrollarse al menos en sus más jóvenes generaciones.

Luis Díez es un escritor nato, con capacidad para pintar escenas y situaciones sacándoles el lustre y el interés. Ha optado además por enriquecer esa capacidad con la lectura y la erudición histórica y científica. El libro relata cómo los periodistas españoles, que constituían un grupo importante de intelectuales de todos los sectores de opinión y medios, se embarcaron en un viaje, primero hacia Francia, y luego hacia las costas mexicanas, gracias a una serie de ayudas, organizaciones y apoyos, para poder sobrevivir a la que es citada aquí como “la mayor pérdida humana de la historia contemporánea”, sobre todo por la pérdida cultural e intelectual que la diáspora y el cercenamiento de la vida creativa española supusieron. Solamente por rescatar parte de esa vida intelectual, patrimonio de nuestra cultura, el libro tiene ya un valor enorme.

El autor no renuncia a un marco documental riguroso, en el que sitúa primero la contienda y el marco histórico del exilio, aborda el traslado en los diferentes barcos de los periodistas y críticos españoles, y luego presenta en detalle la nómina de las principales figuras periodísticas y sus familias, su destino e inserción en la vida cultural mexicana, la fusión, en los casos en que la hubo, entre la labor intelectual e informativa de algunas de estas figuras y el desarrollo de la prensa mexicana de tipo comercial, la radio y la publicidad, narrando con tanta plasticidad como exactitud algunos de los episodios, situaciones y trayectos vitales de un grupo de escritores que es necesario recuperar en la memoria profesional del periodismo español.

El libro incluye, en unos Anexos, documentos de gran valor, como algunas entrevistas a periodistas exiliados, el facsímil del diario que los informadores empezaron a publicar a bordo de uno de los barcos que hizo el traslado a México, el *Sinaia*, y una entrevista con Eulalio Ferrer, gran genio de la publicidad, que formó parte de este grupo de intelectuales de origen hispano. El libro es tan apasionante como informativo, y muestra aquellas aristas de nuestra historia que normalmente escapan de la visión histórica, y para las que el periodista profesional tiene un especial olfato: las experiencias vitales, la historia interior, y las escenas que tan importantes son en la vida de las personas y que son las que definen el sentido de una vida. Creemos que escribiendo estos textos, su autor también se enriquece con ese gran valor.

Eva ALADRO VICO
Facultad de Ciencias de la Información
Universidad Complutense. Madrid

HERNÁNDEZ GUERRERO, María José. *Traducción y Periodismo*. Bern, Peter Lang, 2009, 166 págs.

María José Hernández Guerrero es profesora titular del Departamento de Traducción e Interpretación de la Universidad de Málaga. Investigadora reconocida, ha trabajado el área del ejercicio de la traducción en el periodismo profesional en diversos textos anteriores, en torno a la publicación de noticias traducidas, la traducción en las secciones de opinión de los diarios, o el trasvase cultural que las traducciones periodísticas implican. En este caso, la autora profundiza en el fenómeno, cada vez más frecuente, de la difusión de información a nivel mundial y la necesidad de traducir en el contexto local todo aquello que urge difundir. La traducción está resultando un elemento indispensable en las cadenas de producción periodística.

Existen numerosos mecanismos que rigen el proceso de la traducción de textos informativos: desde el imperativo de la globalización y la digitalización de contenidos, hasta los modos en que tradicionalmente los medios traducen e interpretan, de acuerdo con sus rutinas productivas, el vertido a la lengua propia de la información externa. La investigadora analiza igualmente mecanismos más complejos y sutiles como la *localización* de las noticias, es decir, la adaptación que un relato noticioso experimenta para conservar su funcionamiento y su aspecto en un contexto diverso al de su lugar de origen. Ello lleva a la investigadora a observar de cerca procesos como la reescritura de las noticias en los procesos de traducción, los procesos de ensamblaje y edición de traducciones en el mundo periodístico, donde los supuestos de la traducción literaria o de la clásica y tipificada no funcionan del mismo modo ni tienen las mismas consecuencias profesionales, sociales o políticas.

La investigadora aboga por una especialización del estudio de estos complejos procesos en los que se hace visible la manipulación del texto informativo, su elaboración y los matices que cada criterio de traducción y cada decisión de edición implican. Es necesario, afirma la autora, pormenorizar los estudios no solamente cualitativos e interpretativos, sino cuantitativos también, para tener una visión de conjunto sobre este mundo invisible, cuyo objetivo final es lograr la naturaleza transparente del proceso traductor, pero en el que se imbrican influencias de enorme alcance, de lo empresarial a lo ideológico, de lo periodístico profesional a lo organizacional y editorial.

Marta Isabel GONZÁLEZ

PÉREZ HERRERO, Julio Cesar. Cordinador: *Manual de Teoría de la Información y la Comunicación*. Editorial Universitas, Madrid, 2009, 492 páginas.

En este pasado año ha salido a la luz un nuevo texto en el ámbito de la Teoría de la Información, orientado a la nueva situación universitaria y al Espacio Europeo de Educación Superior, en el que han intervenido profesores e investigadores de muchas Facultades de Periodismo y Comunicación españolas.

Este Manual recorre los temas tradicionales abarcados por la Teoría de la Información, ampliando su radio al ámbito comunicativo general, en vista de que en muchos Planes de Estudios esta materia se halla unida a la Teoría de la Comunicación. Desde la definición teórica de la materia Teoría de la Información, sus categorías centrales, sus aspectos característicos de desarrollo en el campo social, profesional mediático, socio-cultural, o ético y deontológico, tienen cabida en este Manual.

La originalidad mayor y el acierto de este texto docente se halla en la estructura y diseño modular, acorde con los tiempos que nos tocan, en los que es necesario fragmentar y recomponer la información teórica de modo que se adapte al estilo hipertextual y digital, para fundirse con él en determinados soportes. El Manual incluye un DVD con entrevistas a los profesores que escriben las lecciones o capítulos. Tiene una página web donde se encuentran contenidos y ejercicios. Cada uno de estos capítulos cuenta con descripciones sintetizadas de los contenidos, con propuestas de ejercicios al hilo de los conceptos explicados, con actividades prácticas, y visionado de presentaciones o material filmico como práctica orientada al estilo de docencia del EEES. De este modo, este Manual presenta una visión nueva de la Teoría de la Información, en la que se opta por acoplar esta materia al nuevo estilo informativo propiciado por la convergencia digital.

Como coautora de este texto, junto a compañeros experimentados y otros jóvenes, ha sido una delicia rehacer de nuevo el temario de la Teoría de la Información, abordando las nociones de siempre de la Comunicación y la Información, la Noticia o la Objetividad, pero con la idea de simplificar al máximo y moldear para su uso en el soporte digital, las definiciones e ideas de nuestra asignatura. A mi parecer ha sido algo refrescante y muy curioso: he comprobado que la Teoría de la Información, lejos de ser una asignatura aviejada y reumática, sigue siendo una jovencuela teórica capaz de adaptarse con gracia a la era digital y de guiñar con sus conceptos más tradicionales, el ojo a las nuevas realidades universitarias y docentes. Creo que con iniciativas creativas como ésta podemos sacarle mucho jugo al cuerpo de saberes en el que seguimos habitando.

Eva ALADRO

TORRENTE I SELLENS, Joan *et al.*: *La empresa red: tecnologías de la información y la comunicación, productividad y competitividad*. Akal, Madrid, 2008, 635 pp.

Las Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC) constituyen uno de los objetos de estudio que más atención ha recibido por parte de las ciencias sociales en las últimas tres décadas. Un interés que parece justificado desde el momento en que gran parte de los cambios socioeconómicos que se están experimentando en el capitalismo contemporáneo pueden vincularse con la revolución tecnológica acaecida en la información y en la comunicación a partir de la segunda mitad del siglo XX. Pero analizar el alcance social de esa revolución está requiriendo un trabajo teórico y metodológico que, más allá de fórmulas retóricas en torno a la llamada “Sociedad de la información”, explique por qué y con qué efectos la comunicación ha pasado a ser un elemento indispensable para la producción económica y la reproducción social.

La empresa red es una obra que se enfrenta a ese reto, tratando de esclarecer los resultados de la implantación de las TIC en el ámbito productivo, laboral y mercantil de la comunidad autónoma de Cataluña (España). Escrito por un total de quince autores adscritos al Internet Interdisciplinary Institute (centro de investigación de la Universitat Oberta de Catalunya), el libro forma parte del Proyecto Internet Cataluña (PIC), dirigido por Manuel Castells e Inma Tubella desde 2001. Si la meta que se propone el PIC, en su conjunto, consiste en trazar, con rigor empírico, los rasgos que la llamada “Era de la Información” está adoptando en la sociedad catalana, *La empresa red* se centra específicamente en establecer el impacto de las TIC en el ámbito económico.

Para ello, los autores proponen un análisis empírico desde la microeconomía (p. 17) en el que, en primer lugar, van a sondear el grado de implantación que presenta la economía del conocimiento en la empresa catalana, justificando la importancia de cada uno de sus elementos: cómo se ha de recurrir a los equipos digitales, cómo se han de gestionar los recursos humanos y qué esfuerzos está requiriendo la nueva cultura de la innovación empresarial. En segundo lugar, se completa este primer diagnóstico evaluando la repercusión que puede tener ese novedoso modelo de organización postindustrial sobre la productividad, los niveles de ocupación y de salario, la competitividad y el rendimiento empresarial. De esta manera, la investigación trata de poner de relieve el papel central que hoy detentan la comunicación y el conocimiento como factores productivos. Porque son estos factores los que dan la posibilidad material de aplicar “estrategias de reducción de estructuras centrales, aplanamientos de organigramas y contratación externa de los elementos de menor valor” (p. 56), así como nuevas pautas de trabajo y comercialización. En definitiva, todo un abanico de cambios que las empresas están necesitando para ganar dinamicidad y flexibilidad, en un entorno competitivo y con una demanda global y cambiante.

Tras ese diagnóstico pormenorizado del nuevo modelo de actividad y organización empresarial, los autores se hallan en condiciones de verificar la hipótesis central con la que arrancaba su investigación: las tecnologías comunicativas, sin ser el factor causal único del nuevo panorama económico, “se consolidan como un instrumento imprescindible para el desarrollo de la producción, del trabajo y del consumo en red” (p. 19). Aunque instituciones, empresas y trabajadores en Cataluña todavía tienen mucho que recorrer en la explotación que realizan de los recursos tecnológicos, se registra ya un despunte de compañías descentralizadas, flexibles e intensivas en conocimiento cuyos resultados mejoran a las que poseen un menor dinamismo innovador.

El estudio, por tanto, reviste interés para aquellos que deseen conocer los actuales usos y aplicaciones empresariales de la digitalización, de las telecomunicaciones y de las redes informáticas. Pero, quizá debido a su enfoque microeconómico, no le será difícil advertir al

lector la concepción acrítica y optimista de los impactos que tienen estas tecnologías sobre el conjunto de la sociedad y, de forma más acusada, sobre los trabajadores asalariados. Los conflictos que, en todos los órdenes, está generando el nuevo modelo económico apenas se apuntan brevemente en la obra (p. 43) cuando, sin embargo, han llegado a convertirse en un rasgo distintivo de la economía del conocimiento. Nos referimos a fenómenos tan extendidos como los de la precarización laboral, la individualización de las relaciones laborales o los problemas de conciliación entre vida laboral y familiar, entre otros. La *empresa red* ofrece, precisamente, un análisis de ese tipo de trabajador del que se esperan nuevas competencias y habilidades (flexibilidad y formación continua) al tiempo que se le imponen nuevas formas de retribución que minimicen la carga salarial de las empresas (p. 64). Pero se trata de un estudio que obvia la brecha creciente entre los avances tecnológicos que buscan las empresas y el avance en las condiciones de vida que requieren los trabajadores.

Más allá de que hubiesen enriquecido esta investigación, las contradicciones a las que aludimos se vuelven imprescindibles para lograr el ambicioso objetivo que se propone el proyecto en el que se integra *La empresa red* y que consiste en identificar y comprender científicamente a la “sociedad del conocimiento” en su conjunto (p. 47). Captar ese sentido sociohistórico del capitalismo de nuestros días pasa por esclarecer su funcionamiento productivo. Pero no a costa de que la economía quede separada de las relaciones sociales típicamente conflictivas que la conforman. En este sentido, un examen sólido de las TIC ha de aspirar a perspectivas que no sólo consideren el comportamiento exclusivo del agente económico empresa. Junto a ello, resulta crucial entender qué le sucede al sujeto asalariado desde la óptica de sus intereses, qué constricciones macroeconómicas están operando o por qué parecen discurrir en direcciones inversas el progreso tecnoeconómico y el desarrollo humano. Aunque *La empresa red* supone un inicio, riguroso y exhaustivo, los enfoques que incluyan estas otras coordenadas serán necesarios para acabar de explicar la peculiar manera en que lo productivo, lo comunicativo y lo social se interrelacionan en el momento histórico que vivimos.

Begoña BALLESTEROS CARRASCO
Universidad Complutense de Madrid
begoballesteros@ccinf.ucm.es

DEL REY MORATÓ, Javier. *América Latina, 1810-2010. Filosofía, Religión y Política en el Espacio Antropológico. Una Teoría de la Comunicación y de la Cultura*. Madrid, Fragua, 2010, 303 páginas.

Este libro representa un avance muy considerable en los estudios que ha acometido Javier del Rey en los últimos 35 años. Desde Abraham Moles, su interés ha pasado por diversos autores. Y los pasos no han sido pequeños. Ir desde Isaiah Berlin, que con todos mis respetos, es un pensador, hasta Gustavo Bueno, que es un gran filósofo, la distancia recorrida no ha sido pequeña.

Y ya dentro del sistema de Gustavo Bueno, el autor del libro que reseño ha escogido uno de los armazones más potentes: La Teoría del Campo Antropológico. No peco de modesto si escribo que mi libro *Teoría General de la Información* fue la ocasión, que no la causa, de que Del Rey se interesase por la filosofía de Gustavo Bueno, pues ya en ese libro de 1998, apliqué la filosofía de Bueno al Periodismo y a la Comunicación Política. Allí me ocupaba del Espacio Gnoseológico, del Antropológico y de la Teoría Política de Bueno.

Reconozco que las páginas más innovadoras del libro de Javier del Rey son las 29-39. A partir de ahí, pienso que con este libro podríamos experimentar como hizo Cortázar con *Rayuela*. Si ordenamos los materiales de una manera, nos dan un resultado muy satisfactorio. Consiste en que Del Rey da cuenta de lo que han dicho estudiosos y pensadores muy diversos que han reflexionado sobre la historia de Hispanoamérica o Iberoamérica. Es lo que le gustaba a Julián Marías: Ante todo, contar lo que esos autores han escrito. No es mérito pequeño. Del Rey evidencia ser una persona de muchas lecturas. Si lo comparamos con algún “teórico” —léase la parte final del artículo que publico en este mismo Volumen— está en otra dimensión. Quiero decir, en otra dimensión mucho más elevada, por supuesto.

Si ordenamos el libro de Del Rey de una manera distinta, el resultado no es todo lo satisfactorio que deseáramos.

A los partidarios de la Leyenda Negra, que Bueno denomina “metodología negra”, el libro de Del Rey les gustará, porque les confirmará en sus ideas. El difunto Samuel Phillips Huntington, autor de *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, hubiera leído el libro como el de alguien que compartía sus tesis, aun sin citarlo. A los que conciben la Historia de España y de Hispanoamérica como una jeremiada, tampoco les hubiera disgustado el libro de Del Rey. Todo lo contrario.

Echo en falta varias cosas en este muy trabajado libro: Por ejemplo, la distinción de Bueno entre *imperio generador e imperio depredador*, que él enuncia en *España frente a Europa*. Esta distinción explica muchos hechos que ignoran los autores que tan bien ha estudiado Del Rey. Parece como si los cientos de ciudades y universidades que España creó y puso en comunicación en Hispanoamérica hubieran caído del aire. Y en cuanto a si España favoreció el desarrollo de la Ciencias, le recomiendo que lea *Viaje alrededor del Imperio: rutas oceánicas, la esfera y los orígenes atlánticos de la revolución científica*, artículo que Lino Camprubí ha publicado en Enero de 2010 dentro de *El Catoblepas*.

El mérito de Del Rey ha consistido en que nos demos cuenta de las explicaciones fallidas de muchos de ellos. No se enteraron de toda la política que había seguido Inglaterra desde la Navigation Act, de Cronwell, en 1655. Si hubieran mirado la realidad de frente, como Karl Marx en sus artículos sobre España, o como los Padres Fundadores de Estados Unidos, quizá hubieran contribuido a darse cuenta de por dónde habían ido e iban las cosas.

Si en lugar de refugiarse en el psicologismo, algunos de esos autores se hubieran dado cuenta de la importancia del imperialismo inglés, hubieran entendido mucho mejor a España y a Hispanoamérica.

El siglo XIX español es fácil de comprender, en medio de todos los fenómenos, es decir, apariencias, que ocurrían: Había un Imperio —Inglaterra— y Francia, que aspiraba a serlo. ¿Cómo entender todos los fenómenos del siglo XIX español si no es desde los intereses de Inglaterra y Francia?.

Entre los autores que Del Rey estudia, hay uno que se pregunta por qué la parte de Hispanoamérica que dependía de España se escindió en multitud de países, mientras que la que dependía de Portugal formó el más grande, Brasil. La respuesta es muy clara: Portugal era prácticamente un protectorado de Inglaterra, mientras que España era una competidora.

Los autores que Del Rey estudia podrían haberse hecho las siguientes preguntas: ¿Quién impidió que Bolívar formara la Gran Colombia- Venezuela, Perú, Colombia, Bolivia y Ecuador? ¿Y quién hizo imposible el proyecto de Provincias Unidas del Río de la Plata, de San Martín- Argentina, Paraguay, Uruguay, la parte Sur de Perú y de Bolivia? ¿Y quién obstaculizó la unión de México y de las Provincias Unidas de Centroamérica? La respuesta a estas tres preguntas hubiera sido: Inglaterra (más Estados Unidos en el último caso). ¿Eran los “liberadores” unos simples peones de Inglaterra, que luego hizo con ellos lo que quiso?

Sobre el sintagma “América Latina”. Si Del Rey parte de una Teoría de la Comunicación basada en Bueno, tendría que conocer lo que Bueno afirmaba sobre ese sintagma en su obra *España frente a Europa*. También, es muy importante la obra del filósofo español *Primer ensayo Ensayo sobre las categorías de la “ciencia política”*, de 1991, con su teoría de las capas del cuerpo político y su cuadro de 12 poderes. Y *El mito de la derecha*, que da muchas claves de lo que ocurrió en el siglo XIX. Optar por una denominación sin confrontarla con otra tiene el efecto indirecto de que otras personas a las que les gusta pensar, afinen sus argumentos. No olvidemos que en Comunicación Política, pensar es siempre pensar contra alguien.

Felicitísimo VALBUENA DE LA FUENTE

MARKS, Stephen: *Confessions of a Political Hitman. My secret life of scandal, corruption, hypocrisy and dirty attacks that decide who gets elected (and who doesn't)*. Naperville, Illinois, Sourcebooks, Inc., 2007, 389 páginas.

Este libro es una fuente de posibles guiones de series de televisión y de películas. Quiero decir, de guiones importantes e interesantes, porque muestra con muchos casos lo que demasiadas personas piensan: que lo negativo es lo que decide muchas elecciones. Es la Tesis que sostiene el autor, aunque también la somete a un proceso de falsación, como diría Karl Popper. Así es como podemos leer el Capítulo 9- “Prueba de que las campañas negativas conducen a la victoria electoral” (páginas 141-148) y el 21: “La naturaleza impredecible de investigar la oposición y de las campañas negativas” - Pp. 287-308).

Ya en la introducción nos dice que el término “opposition research” –investigar a la oposición– es un eufemismo y, además, una expresión políticamente correcta. En realidad, él a lo que se dedicó durante doce años –de 1994 a 2006–, fue a destapar la suciedad de los políticos. No era un trabajo desinteresado, sino bien pagado. Y fundamentalmente, le pagaban los republicanos, hasta que la hipocresía de éstos en cuestiones sexuales y de dinero le desengañaron y abandonó esa actividad.

¿En qué consiste “investigar a la oposición”? En visitar los registros de la propiedad, bibliotecas, juzgados... y encontrar pruebas negativas sobre un candidato y pasárselas al equipo de campaña del que ha contratado los servicios del “investigador”. Después, el equipo de campaña decide si filtrar esas pruebas negativas a la Prensa o utilizarlas en anuncios de ataque contra el “ethos” del contrincante electoral para destruir su credibilidad, subir en las encuestas y ganar finalmente la elección.

Stephen Marks revela para qué candidatos estuvo trabajando, los resultados que consiguió, los fracasos de los candidatos –sobre todo, por fallos propios y por no saber utilizar las pruebas negativas contra el oponente– y cómo esa tensión continua le llevó a muchas aventuras con mujeres y a un estilo desordenado de vida que estuvo a punto de costarle la vida por el estrés acumulado.

Podemos aprender mucho de este libro. Sobre todo, que en política pocas cosas están decididas y que el mundo de los políticos es proteico, en continuo movimiento. Quienes logran sobrevivir, pueden dedicarse durante unos años a llevar adelante sus planes y programas, pero sabiendo siempre que cada X años, hay que volver a ganarse la confianza de los electores. Y aunque un Partido domine la Presidencia y ambas cámaras, puede perder todo ese poder en un solo año. Así les ocurrió a los demócratas y, después, a los republicanos.

El libro es intensamente personal, con juicios de valor tomados de la experiencia vivida. Una experiencia que le produjo grandes alegrías, cuando trabajaba para candidatos honrados, pero también frustraciones desoladoras cuando comprobaba que estaba a favor de candidatos que no merecían la confianza de los electores. Debí de experimentar vivencias olímpicas, cuando comprobaba que una elección se había decidido por el trabajo que él había realizado. Por eso, pocas veces se culpa a sí mismo de los fracasos. Son los candidatos o sus equipos quienes no ganaron las elecciones.

Marks presume de que siempre ha tenido una buena “antena política”, es decir, que sabía cuándo tenía ante él un buen candidato y qué tenía que hacer para ganar. Y cómo investigar a la oposición podía quedarse en nada si el candidato no era el adecuado. Admiró siempre a Ronald Reagan y encontró muy flojo a Robert Dole. No era partidario de Clinton, pero le admiraba como candidato por su decisión de ser Presidente y por lo bien que llevó la economía. Sin embargo, también se daba cuenta de que la impopularidad de Clinton por sus escándalos sexuales llevarían al desastre al Partido Demócrata, como así fue en el año 2000.

Así pues, este nuevo puesto de trabajo puede atraer a muchos candidatos, sobre todo en unos tiempos en que las televisiones están deseosas de material negativo sobre la vida de los famosos. Investigar a la oposición puede valer para apartar del camino a los políticos corruptos o que entran en la política con el único deseo de enriquecerse. También, a los presumidos que llegan a padecer mal de altura y se sienten invulnerables.

El gran inconveniente de investigar a la oposición es que desanime a muchos que podrían ser excelentes políticos, pero que tienen algún esqueleto en el armario. Que un desliz en la vida personal pueda acabar con un gran político es una posibilidad muy perjudicial. Como también, la posibilidad de que la vida política llegue a contar únicamente con personas intachables en su vida personal, que tampoco roben, pero que no tengan ni una sola idea en su cabeza. Sólo hay que comparar lo mucho que Talleyrand dejaba que desear en su vida personal, pero el gran político y diplomático que fue y lo beneficioso que resultó para Francia en el Congreso de Viena. Y lo muy perjudicial que resultó para Alemania el honorable negociador del Tratado de París, que zanjó la Primera Guerra Mundial. Sí, un hombre intachable puede ser un completo desastre para su país y para otros países más. Un buen planificador, un gran negociador son aves raras que los países no pueden permitirse perder.

Felicitísimo VALBUENA DE LA FUENTE

GONZÁLEZ REQUENA, Jesús (2008): *El Club de la Lucha. Apoteosis del psicópata*. Caja España, Obra Social. 200 páginas.

Con este autor, Catedrático de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, me pasó en el Volumen XIV de CIC lo mismo que me ha ocurrido con el profesor José Luis Orozco en el XV: quiero reseñar, a la vez, varios de sus libros y, cuando me adentro en ellos, compruebo que sólo me puedo ocupar de uno. Entonces, ¿por qué anuncio que voy a reseñar varios libros y luego no me atengo al compromiso? Con lo fácil que resulta quitar el título de la obra de la que no voy a escribir. Mi respuesta es que, de esta manera, me comprometo a escribir sobre el libro que ahora dejo fuera. Así es como le ha llegado ese momento a esta obra, mucho más breve que *Clásico, Manierista, Postclásico. Las formas del relato en el cine de Hollywood* (584 páginas), de la que me ocupé en el Volumen XIV.

Las páginas 9-19 del libro hacen caer en la cuenta de hechos que han podido pasar inadvertidos, y sobre todo a quienes se han perdido algunas películas. Lo que González Requena viene a decir es que la catástrofe que representó el atentado contra las Torres Gemelas ya venía prefigurada en películas anteriores. Como si la realidad hubiera copiado a la ficción: *Independence Day*, de Robert Emmerich (1996), *Godzilla*, de Roland Emmerich (1998), *Armagedon*, de Michael Bay (1998), *Deep Impact*, de Mimi Leder (1998).

De modo que, en los años que precedieron al atentado del 11 de Septiembre, millones de espectadores acudíamos decididos hasta allí, hasta las butacas de las salas cinematográficas donde ese mismo espectáculo de la destrucción se repetía una y otra vez (p.15).

Las Torres Gemelas, en los films citados, eran tocadas y heridas, pero sobrevivían con todas las agresiones de las que eran objeto.

Existe, sin embargo, una película que llegó a poner en escena su desmoronamiento total dos años antes de que el suceso tuviera lugar en lo real: *El Club de la lucha*, de David Fincher.

Un film que comienza a tres minutos de la hecatombe para, desde allí, retroceder en un pronunciado *flash-back* que, a pesar de su carácter sincopado, dibuja convincentemente el proceso que habría de conducir a ese desenlace. Un proceso, por lo demás, en todo momento marcado por la inmediatez y la inexorabilidad del estallido. Que es también el estallido de la psique de su protagonista en un proceso psicótico que articula, con notable precisión, esa oscura relación que hace, de los terroristas islámicos, la realización de la pesadilla de Occidente (Págs. 18-19).

González Requena sigue en este libro el mismo procedimiento que en el anterior: ilustra y satura nuestras retinas con cientos de fotografías del film, con referentes fisicalistas que luego él va comentando desde su propia perspectiva y modelo que, según entiendo, es inseparable del Psicoanálisis de Freud y Lacan. Demuestra que tiene una gran perspicacia y sabe dar sentido a estas películas, que son un auténtico laberinto.

Creo que una de sus intuiciones más brillantes es la siguiente: observa que hay dos *travellings* iniciales del film, que se desplazan en sentido inverso: hacia el interior del cerebro y hacia el interior de la ciudad. Entonces González Requena establece una relación metafórica: el cerebro es al cuerpo en su totalidad lo que la ciudad- Nueva York, la metrópoli- al conjunto de la civilización. Y una vez establecida esta proposición, la prolonga de la manera siguiente: si en el interior del cerebro del protagonista no hay otra cosa que palabras que, inciertas, no cesan de desvanecerse, en el interior de la segunda hay explosivos dispuestos a estallar en cualquier momento. (Pág. 29)

El resto de la película son una serie de *flashbacks*, como si el protagonista quisiera explicarnos el proceso de desintegración que lo habita.

A partir de aquí, podemos seguir a González Requena en sus explicaciones que vienen a ser movimientos para colocar ante nosotros las piezas de un rompecabezas –me parece más expresiva esta palabra que la de “puzzle” en este contexto–, hasta que acabamos comprendiendo el sentido del relato.

El Club de la lucha, desde los diagramas de Minkowski

No es la primera vez que esta película aparece en mi devenir académico. He dirigido, este mismo año de 2010, una Tesis Doctoral –*La pérdida del sentido de la realidad. Reflexiones sobre el espectador de cine*– de Rubens Martins de Nascimento, en el que estudiaba un caso muy célebre en Brasil: “Justiça Pública versus Mateus da Costa Meira”, sobre la influencia que tuvo la película de Fincher sobre la repentina conducta homicida de este joven brasileño. Recomendé a Martins el libro de González Requena, pero me dijo que no quería verse expuesto a una interpretación de la película distinta de la que él había adoptado, y que se basaba en la concepción espacio-tiempo de Minkowski y en sus célebres diagramas “Lineland Minkowski Diagram” y “Flatland Minkowski Diagram”. Quería evitar el temor reverencial que podría causarle el libro de González Requena y también se contentaba con establecer un paralelismo entre la conducta de Tyler Durden y de Mateus en catorce episodios.

Visión de *El Club de la Lucha* desde el Materialismo Filosófico, de Gustavo Bueno.

Además de Minkowski, podemos encontrar explicaciones alternativas. Si en la reseña de *Clásico, Manierista...*, encuadraba el estudio de González Requena dentro del Campo Gnoseológico de Gustavo Bueno, ahora voy a prolongar esa interpretación posible dentro de lo que el filósofo español denomina metodologías α y β -operatorias.

Presento una extensa cita de Bueno donde éste distingue entre estas metodologías y me limitaré a indicaciones muy breves sobre cómo interpretar *El Club de la lucha* a partir de ellas.

Entendemos por metodologías β -operatorias aquellos procedimientos de las ciencias humanas en los cuales esas ciencias consideran como presente en sus campos al sujeto operatorio (en general, al sujeto gnoseológico, con lo que ello implica: ... causas finales, &c.). Metodología, en todo caso, imprescindible por cuanto es a su través como las ciencias humanas acumulan los campos de fenómenos que les son propios.

Entendemos por metodologías α -operatorias aquellos procedimientos, que atribuimos a las ciencias humanas... en virtud de las cuales son eliminadas o neutralizadas las operaciones iniciales, a efectos de llevar a cabo conexiones entre sus términos al margen de los nexos operatorios (apotéticos) originarios.

Estas metodologías α también corresponderán, por tanto, a las ciencias humanas, en virtud de un proceso genético interno. Estamos claramente ante una consecuencia dialéctica. Ulteriormente, por analogía, llamaremos metodologías α a aquellos procedimientos de las ciencias naturales que ni siquiera pueden considerarse como derivados de la neutralización de metodologías β previas...

La dialéctica propia de las metodologías α y β así definidas puede formularse sintéticamente de este modo: las ciencias humanas, en tanto parten de campos de fenómenos humanos (y, en general, etológicos), comenzarán necesariamente por medio de construcciones β -operatorias; pero en estas fases suyas, no podrán alcanzar el estado de plenitud científica. Este requiere la neutralización de las operaciones y la elevación

de los fenómenos al orden esencial. Pero este proceder, según una característica genérica a toda ciencia, culmina, en su límite, en el desprendimiento de los fenómenos (operatorios, según lo dicho) por los cuales se especifican como “humanas”. En consecuencia, al incluirse en la situación general que llamamos α , alcanzarán su plenitud genérica de ciencias, a la vez que perderán su condición específica de humanas (Bueno, Gustavo (1995) *¿Qué es la ciencia?* Oviedo, Pentalfa: 78-79).

Hasta aquí la cita de Bueno. Pues bien, si vamos al estudio que ha realizado González Requena, desde el principio de la película hasta la escena en que finaliza la sesión de terapia, la metodología es β -operatoria, en cuanto que el sujeto está presente en la narración, y con las características que le definen. Sin embargo, podemos enmarcar los comentarios de González Requena sobre la escena siguiente dentro de las metodologías α -operatorias sin ningún esfuerzo

En primer lugar, el insomnio. Y junto a él, como su otra cara indisociable, un creciente sentimiento de pérdida de la realidad, de irrealización progresiva de los objetos y de las cosas. Idénticas fotocopiadoras; posiciones idénticas de los empleados que, como el protagonista, las hacen actuar o, más bien, se someten a su funcionamiento; panorama de un universo donde la producción en serie y la universalización de la mercancía apuntan a abolir toda singularidad y, en esa misma medida, a aniquilar toda identidad (Págs. 32-33).

Y más adelante:

La homologación de los espacios, el desdibujamiento de sus diferencias, es parte del proceso psicótico, pero lo es también de un universo tecnificado donde los viajes, los aviones y los aeropuertos difuminan igualmente sus diferencias hasta volverse monótonamente indistinguibles (p. 36).

Y así podemos ir interpretando el muy interesante libro de González Requena teniendo en cuenta lo que dice Bueno sobre la dialéctica entre estas metodologías.

Esta dialéctica nos inclina a forjar una imagen de las ciencias humanas que las aproxima a sistemas internamente antinómicos e inestables, en oscilación perpetua –lo que, traducido al sector dialógico del eje pragmático, significa: en polémica permanente, en cuanto a los fundamentos mismos de su científicidad–. Es indudable que esta imagen corresponde muy puntualmente con el estado histórico y social de las ciencias humanas, continuamente agitadas por polémicas metodológicas, por debates “proemiales”, por luchas entre escuelas que disputan, no ya en torno a alguna teoría concreta, sino en torno a la concepción global de cada ciencia, y que niegan, no ya un teorema, sino su misma científicidad.

Lo que nuestra perspectiva agrega a esta descripción “empírica”, no sólo es el “diagnóstico diferencial” respecto de situaciones análogas que puedan adscribirse a las ciencias naturales y formales, sino la previsión (“pronóstico”) de la recurrencia de esa situación. La antinomia entre las metodologías α y β -operatorias de las ciencias humanas, no es episódica o casual ni cabe atribuirla a su estado histórico de juventud (¿acaso la Química no es tan joven, o todavía más, como la Economía Política?); el conflicto es constitutivo. Y, lo que es más, no hay por qué desear (en nombre de un oscuro armonismo) que se desvanezca, si no se quiere que, con él, se desvanezca también la propia fisonomía de estas ciencias (Bueno (1995): 79-80).

Para afinar más el análisis, hay que tener en cuenta que, dentro de las metodologías a-operatorias, Bueno distingue entre ciencias semejantes a la Reflexología de Paulov, a los Métodos Estadísticos y al Estructuralismo. Y dentro de las metodologías β -operatorias, al “Verum est factum”, a la Teoría de Juegos, a la Ingeniería y a la Jurisprudencia (en otras ocasiones, incluye también aquí al Periodismo). No cuesta mucho trabajo encontrar instancias, dentro del análisis de González Requena, en que podemos analizar las escenas desde estas perspectivas. Si yo lo hiciese aquí, nuevamente tendría que dividir esta reseña en dos etapas.

El Club de la Lucha desde la óptica del Análisis Transaccional, de Eric Berne.

Eric Berne tenía una formación excepcional en Latín, Griego y Literatura. Por eso, cuando obtuvo el Título de Psiquiatra y tantos triunfos profesionales en su vida, no olvidaba la gran influencia que su padre y su madre habían tenido en su vida. Y aunque no se aplicó siempre a su propia vida lo que enseñaba, tenía muy claro que lo que puede resultar bueno para la Literatura quizá resulte fatal para la vida. Veamos lo que pensaba de dos obras clásicas:

Medea es una obra artificial, una obra mala. Es enteramente obvio que Medea no podría mantener su posición después de una hora con un buen psiquiatra, y es una tontería que ella actúe de la manera en que lo hace. Ella es simplemente una muchacha grande, enfurruñada que, si apartara su resentimiento, no tendría ninguna justificación en absoluto. ¡Y aún se da por supuesto que usted debe estar encantado con Medea o, si no, usted se expone a que no le consideren culto!

Lo contrario pasa con Edipo, que tiene problemas reales y contradicciones, agravios reales y frustraciones. Algo tenía que apoderarse de él, y el desenlace de Edipo está justificado. (Berne, E. (1967): Notes on Games & Theatre. From an Interview by Arthur Wagner. *Tulane Drama Review.*, XI, 89-91. Traducida en *Revista de Análisis Transaccional y Psicología Humanista*, 55, 2006, Págs. 118-119).

Llama la atención el tono irónico que *El Club de la lucha* mantiene ante las terapias. El problema fundamental del protagonista es la mala imagen que tiene de su padre y de la mujer en general. El Análisis Transaccional diagnosticaría que lo que Tyler Durden necesita es una reparentalización y un permiso para amar. Berne escribió varios libros en los que volcó su experiencia con muchos pacientes. Por supuesto, con psicóticos. Tyler Durden hubiera podido ser uno de ellos, aunque quizá Berne hubiera logrado que se tomase algunas cosas más en serio y que se riese abiertamente de otras. Lo que no hubiera cabido en la mente de Berne es rendirse ante el guión “hamártico” de Duden. Sin embargo, esa es otra historia y esta reseña está rozando los límites de lo excesivo para esta Revista.

Felicitísimo VALBUENA DE LA FUENTE

OROZCO, José Luis: *Érase una Utopía en América. Los orígenes del pensamiento político norteamericano*. México, Universidad Autónoma de México. 2008. 348 páginas.

——— *La Odisea Pragmática*. México, Universidad Autónoma de México. 2010. 186 páginas.

Quiero comenzar esta reseña diciendo que, por su extensión y por la limitación de espacio que impone cada Volumen de *CIC*, voy a dividirla en dos partes. Publicaré la segunda en el próximo número de esta Revista.

La doble perspectiva de estos dos libros

Para abordar estas dos obras, acudo a una distinción que acuñó Kenneth L. Pike, que ya he empleado en otra ocasión:

Cuando el lingüista, el etnólogo, el antropólogo, el historiador dicen intentar el conocimiento de determinadas instituciones, gestas, ceremonias o, en general, contenidos culturales de un pueblo estarían propiamente:

(1) (a) O bien tratando de *reproducir* esos contenidos culturales tal como se les aparecen a los individuos humanos (actores, agentes) que pertenecen al pueblo o cultura de referencia;

(b) o bien tratando de *reproducir* las operaciones que los sujetos agentes de esas gestas, ceremonias, etc. llevan a efecto cuando las realizan. En los casos (a) y (b) se estaría procediendo desde un punto de vista emic.

(Gustavo Bueno, en *Diccionario Filosófico*, de Pelayo García Sierra, Oviedo, Pentalfa, 2000, P. 367).

En el primero de estos libros, José Luis Orozco ha utilizado esta perspectiva. De manera que prácticamente todos los testimonios que aparecen en el libro proceden de los escritos y manifestaciones de los Padres Fundadores de lo que actualmente conocemos por Estados Unidos de Norteamérica. Y el profesor Orozco satura su libro con tantos párrafos de Thomas Jefferson, Alexander Hamilton, James Madison y, en menor medida, George Washington... que nos parece estar asistiendo a una historia apasionante. A veces nos asombra que, con tal cantidad de desacuerdos, aventuras y hasta un célebre duelo —como aquél en el que Aaron Burr mató a Alexander Hamilton en 1804—, al final surgiese el Imperio que llega hasta hoy.

(2) O bien se está tratando de *reproducir*, o al menos, fijar las coordenadas, de estos contenidos culturales a partir de factores que acaso no son percibidos como internos por los miembros de ese pueblo, o agente de referencia, sin que por ello (al menos, según la tesis “eticista”) tengamos que abandonar la pretensión de haber alcanzado un mayor grado de potencia en la reconstrucción. Estaremos entonces en la perspectiva *etic*.

Ejemplo: desde la perspectiva emic de Cristóbal Colón, de los Reyes Católicos, o de quienes apoyaron la empresa de la “navegación hacia el Poniente”, puede decirse que Colón no descubrió América (Colón creyó haber llegado al Cipango o al Catay) y que la empresa no se organizó para descubrirla. Pero desde una perspectiva etic, que es la nuestra (la de nuestra Geografía), habrá que decir que Colón descubrió América.

Es la perspectiva predominante que adopta el autor en su segundo libro. Le acompañamos mientras recorre sistemáticamente las aportaciones de los principales pensadores y filósofos pragmáticos del siglo XX. Aunque no sólo aparecen ellos. También, y con sus expresiones,

políticos y hombres de empresa que han configurado los Estados Unidos y la Europa del siglo XX: Benito Mussolini, Herbert Hoover, Franklin Delano Roosevelt, Henry Ford...

La originalidad de José Luis Orozco

Después de leer las más de 500 páginas de estos dos libros, el autor me ha dejado una impresión sobre todas las demás: soltura. Tiene una habilidad especial para dejar que los personajes se expresen, como si estuvieran narrando su aventura existencial o sintetizar sus hallazgos más importantes. Este arte lo ha debido de adquirir Orozco después de escribir no pocos libros: *Sobre el orden liberal del mundo*, *Sobre la filosofía Norteamericana del poder*, *El Estado pragmático*, *Pareto: una lectura pragmática*, *Pragmatismo e inteligencia política global*, *Benjamín Franklin y la fundación de la República Pragmática*, *De teólogos, pragmáticos y geopolíticos* y *Globalismo e inteligencia política* (compilador). Por prudencia, no me gusta decir que algún autor “es el mejor en...”, porque siempre puede surgir alguien que me haga reparar en un autor de mayor estatura intelectual. Lo que sí agradecería es que alguien me indicase si conoce a algún estudioso del Pragmatismo que esté a la altura de Orozco. Son muchos años y muchos esfuerzos los que ha dedicado a estudiar esta filosofía. Por eso, puede permitirse dejar que hablen los protagonistas, pero claro está, el autor no desaparece en el sentido estricto del término. Entonces, ¿dónde notamos ese dominio del asunto que Orozco muestra? En primer lugar, por las categorías que escoge, los títulos y subtítulos de los diferentes capítulos, lo bien que hila el discurso, de manera que casi no advertimos los puntos de unión, porque los funde en una estructura narrativa y, también, por una adjetivación muy ajustada e irónica en no pocos casos.

De cómo unas premisas políticas sirven de fundamento a un Imperio

Fijémonos en los títulos de los 8 capítulos de que consta el primer libro: I) Las repúblicas de la virtud y los nuevos principados del dinero; II) El nuevo comienzo de la Historia Universal.

El autor abre una panorámica impresionante, que evoca el optimismo y la amplitud de visión de los Padres Fundadores. Sin embargo, el panorama empieza a ensombrecerse y a tornarse dramático y trágico:

III) El rapto de la soberanía del pueblo; IV) De cómo el amigo se vuelve enemigo; V) El enemigo a las puertas; VI) La Teología de la represión; VII) El primer reinado del terror y VIII) Los laberintos de la Utopía.

“En términos de seguridad, la creación, ya en 1641, de una Confederación o Unión de las Colonias con poderes de guerra permite confrontar a la Nueva Francia y apropiarse de la colonia clave financiada por la Compañía Holandesa de Indias. Esencial, en términos de *espacios vitales*, será la destrucción definitiva, en 1675 y 1676, de las posibilidades mismas de supervivencia de las poblaciones indígenas al sur de la Nueva Inglaterra. De igual modo que la visualización del enemigo al interior une a las colonias y anticipa su sentido del Estado, la participación activa en el comercio mundial permite visualizar a los enemigos al exterior, y con ello, anticipa el sentido de Nación” (P. 23.)

Lo que llama la atención, ya desde el primer capítulo, es la gran capacidad argumentativa de James Madison y Thomas Jefferson, que fueron amigos toda la vida, y de Alexander Hamilton, para defender sus puntos de vista en los trece Estados y en Europa. Si la comunicación política de quienes detentan el poder o aspiran a él siempre tiene en contra la comunicación política de otros que quieren alcanzar los mismos objetivos, hemos de reconocer que leyendo sus escritos nos damos cuenta de que sabían defender muy bien el mercado mundial que vislumbraban. Sobre todo, cuando se encuentran con obstáculos para sus designios, como eran entonces los piratas bereberes, que amenazaban el comercio marítimo

por el Mediterráneo. Desde el principio, hablan de la seguridad como de un valor esencial para la supervivencia de la nación. Orozco escribe que es la categoría política maestra del rectorazgo estadounidense, arcana, oracular, tal como la propone John Jay. “Nos engañaremos siempre si creemos que cualquier nación en el mundo tiene o tendrá una deferencia desinteresada hacia nosotros”.

Alexander Hamilton siempre fue partidario de un Estado “respetable y enérgico”. Preocupado por la economía —llegaría a ser Secretario del Tesoro— sostenía que “Mantener la balanza comercial a favor de una nación debe ser el fin principal de su política”. El comercio internacional, con toda su aparente fluidez y sus supuestas leyes fundamentales, no es al fin sino un juego de ganadores y perdedores.

Al final, logran sustituir la competencia partidista por la competencia expansionista y Washington manda que las irrupciones imprevistas e indeseadas del exterior sean atajadas evitando entrar en contacto con la Política de cualquier nación más allá de lo que encuentren necesario regular su propio comercio. Así es como quieren librarse del agitado ambiente europeo y que su política exterior liberal se inserte en los intercambios del mercado.

El capítulo I establece las premisas sobre las que van a apoyarse los demás Capítulos.

Las contradicciones a las que se enfrentan los Padres Fundadores

En el II, empiezan las confrontaciones entre los Padres Fundadores y las contradicciones que deben afrontar algunos de ellos. Por ejemplo, Jefferson, admirador de la Revolución Francesa y, a la vez, esclavista. Y que cuando se entera de las guerras que diezman a los pueblos indígenas, afirma (siendo ya Secretario de Estado): “Espero que los indios consientan ahora la paz, que es todo lo que queremos”. Jefferson sería el tercer Presidente (1801-1809). Los *espacios vitales* siguen vigentes, y de qué manera.

Sin embargo, cuando Edmund Burke publica en Inglaterra sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, John Adams, que sería después primer Vicepresidente y segundo Presidente (1797-1801), publica sus *Discursos sobre Davila* (un historiador católico), en los que toma posición en contra de quienes, como Jefferson o Paine, confían en el progreso indefinido y sólo ven las revoluciones como contratiempos pasajeros. También entra en acción Alexander Hamilton en contra de Jefferson. Con los textos que Orozco proporciona no sería difícil montar una obra de teatro que recrease aquellos tiempos y que nos hiciera ver todo lo que hemos perdido en el dominio de la palabra. Paine, incluso, se atreve a llamar a la revolución mundial, tomando ejemplo de los Estados Unidos. “Lo que Arquímedes dijo de los poderes mecánicos puede ser aplicable a la Razón y a la Libertad. Si contásemos con un punto sobre el cual apoyarnos, podríamos levantar el mundo”. Es decir, quiere que la premisa del comercio mundial se transforme en la conclusión de la revolución mundial.

Frente al terrorismo contra la propiedad, la autoridad con fuerza

Uno de los problemas más agudos a los que tuvo que hacer frente el primer Presidente, George Washington, fue la rebelión que el Capitán Daniel Shays dirigió contra los impuestos excesivos. El Presidente planteó inmediatamente la diferencia entre la influencia y el gobierno. Lo importante es este último, dotado de fuerza para acabar con las rebeliones. Se da cuenta de lo grave que puede llegar a ser que trece soberanías se embistan las unas a las otras, y todas tironeando contra la cabeza federal. Es la ruina segura. Por eso, quiere llevar una política de miedo y convencimiento.

Por su parte, John Adams desarrolló la dimensión cualitativa de la república, la de la *aristocracia de los equilibrios*- mientras que James Madison (que sería el cuarto Presidente, de 1809 a 1817) formularía la *dimensión cuantitativa* de la república, *la de la democracia de los territorios dilatados*. Llama *espíritu viril* a que los norteamericanos se atrevan a hacer cosas que no tienen precedentes en la historia. Nos parece estar escuchando a Stendhal cuan-

do lo que más admiraba en los grandes personajes era su pasión por lo imprevisto. Sobre todo, hay que encontrar formas de hacer frente a dos problemas tan grandes como la *inexorabilidad del conflicto* y la *omnipresencia del enemigo*.

Alexander Hamilton quiere apuntalar la institución del Colegio Electoral. “Un pequeño número de personas, seleccionadas por sus conciudadanos de entre la masa general tendrá más posibilidades de contar con la información y el discernimiento requerido para una investigación tan complicada”. También sería algo especialmente deseable para que el tumulto y el desorden tuvieran tan poca oportunidad como fuera posible”. Además, está convencido de que hay que pasar de la soberanía popular a la soberanía corporativa. El federalismo bancario de Hamilton lleva a que no se distingan las funciones *cuasi-públicas* y *cuasi-privadas del Banco*, presagiando así un *príncipe corporativo* en el que *dinero* y *gobierno* serán indivisibles. Orozco dictamina que son los laberintos pecuniarios de lo *privado* los que vuelven *asimétrica*, y, sobre todo, *anónimamente autoritaria* a la *soberanía simbiótica* de Alexander Hamilton, es decir, soberanía política y riqueza privada. No se trata de un teórico que juzga una situación hipotética o pasada. Es una persona que sabe ver los problemas que plantean otras naciones al comercio de Estados Unidos y las desigualdades entre los sectores del norte y del sur dentro de la nación y ofrece soluciones. Sabe desarrollar su argumentación sobre los poderes implícitos como si estuviera delineando un futuro exento de sobresaltos. Tiene que hacerlo así, porque enfrente se encuentra a Jefferson y Madison, que no están de acuerdo con él.

La omnipresente Francia

En el Capítulo IV- *De cómo el amigo se vuelve enemigo*-, el autor deja que los protagonistas cuenten cómo Francia, que había sido su aliada en la guerra por la Independencia, se convierte en una amenaza para la existencia misma de los Estados Unidos. Y no porque Francia quiera invadir a la nueva nación, sino por la difusión de sus ideas. Hamilton ve a Francia como una *revolución de la opinión pública* y la posibilidad de un *reacomodo del poder europeo* que presagia venturas para el mundo. La narración de lo que está ocurriendo en Francia me ha recordado pasajes de Flaubert cuando narra los sucesos de 1848 en *La Educación Sentimental*.

En el V —*El enemigo a las puertas*—, asistimos, dentro de Estados Unidos, a la discusión sobre la doctrina de los poderes implícitos de Hamilton, pero inmediatamente hay un personaje, Charles-Edmont Genet, Ministro de Francia en los Estados Unidos- que se apodera de la mitad del capítulo, por entrometerse en la política de Estados Unidos y por convertirse en un evangelista de las ideas de la Revolución Francesa. Genet representa el último y dramático *diseño estratégico girondino* para asociar a las dos *repúblicas hermanas* en el desafío al viejo régimen europeo. Hamilton no desaprovecha la ocasión para lanzar sus ataques contra Jefferson y Madison, partidarios de las ideas francesas, poniéndoles en el aprieto de aprobar o desaprobando un tratado que Estados Unidos había firmado con Francia cuando ésta era monárquica y si hay que pagar las deudas contraídas. Igualmente, los acorrala para que se pronuncien sobre si apoyan la neutralidad de Washington. Se pronuncia sobre la necesidad de *defender a aquellos ciudadanos que puedan haber sido o que puedan ser vejados por la causa de la libertad*. Y acusando a Genet de que ha amenazado con pedir ante el pueblo la destitución del Presidente de los Estados Unidos, escribe una serie de artículos en los que va más allá de un debate ideológico. Con un conjunto de argumentos legalistas y doctrinales hace ver cómo, al conceder cualquier ventaja a Francia, se vulneran no sólo los tratados comerciales sino los más elementales principios de la neutralidad y el derecho de las naciones.

Jefferson le confiesa a su amigo Madison que el nombramiento de Genet ha sido un hecho calamitoso y quiere preparar su dimisión como Secretario de Estado, aduciendo “mi

excesiva repugnancia a la cosa pública”. Y pasa a atacar a Genet de una manera tan dura como la que había empleado Hamilton. Sólo que éste se había servido de Genet para convertirse en un fabricante de enemigos. Con lo cual, saca conclusiones de las premisas sobre las que se apoyaba la política de Estados Unidos y que ya hemos señalado al comienzo de esta reseña.

La segunda mitad del Capítulo V está dedicado a narrar lo que ocurrió en el verano de 1794, con la Rebelión del Whiskey. Hamilton lo convierte en un episodio más de la oposición que representan las ideas francesas porque representa ni más ni menos que el primer desafío a la autoridad constitucional del gobierno federal, con apego a los principios representativos. Enfrente tiene, como defensor de no pagar el tributo, a Albert Gallatin, suizo y residente en Pensilvania desde 1784, que también sabe exponer muy bien sus argumentos. La diferencia entre uno y otro está en que Hamilton no sólo habla de “la firme y violenta oposición a los impuestos (en general)”, sino que impulsa la ejecutividad mediante el empleo de la fuerza. Su escrito al Presidente Washington para que organice una Milicia es un ejemplo extraordinario de comunicación política persuasiva. Tampoco se queda atrás el Presidente en su retórica. Se enorgullece ante el Coronel Burgess Ball del “espíritu complaciente” con que los milicianos reclutados recorren el oeste de Pensilvania sin dejar a su paso hazaña alguna digna de contarse, de no ser la oposición abstracta de “los incendiarios de la paz y el orden públicos con su pretensión de propagar sus nefandas doctrinas con miras a envenenar y enfurecer los ánimos del pueblo contra el Gobierno” y, con ello, “colocar los cimientos de la esclavitud del futuro”. (P. 202).

Al final, los *dechados de traición*, de los que hablaba Hamilton, resultan ser dos empobrecidos y trastornados granjeros, cuyas sentencias de muerte resultan tan inverosímiles que obligarán luego al perdón presidencial.

Felicísimo VALBUENA DE LA FUENTE